

El papel del lenguaje en la vida individual y social

Guillermo QUINTANA
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

La comunicación en el sentido de transmisión de ideas es inexistente. Las ideas son intranferibles. Hay comunicación cuando el receptor del lenguaje forma unas ideas que se corresponden con las del emisor, sin ser idénticas. El lenguaje facilita esta correspondencia por su naturaleza en tanto que signo arbitrario y en virtud de sus tres dimensiones: la sintáctica, la semántica y la pragmática. La descodificación del lenguaje por parte del receptor es una acción de donación de sentido: sentido material, figurado, formal, real (universal o particular, colectivo o distributivo, etc.). El papel del lenguaje, pues, es una función estimuladora para que el receptor se lance a la donación de sentido.

PALABRAS CLAVE: Comunicación. Ideas intransferibles. Dimensiones del lenguaje. Descodificación. Donación de sentido. Función estimuladora. Lenguaje vacío.

Abstract

Communication in the sense of ideas transmission is non-existing. Ideas are untransferable. Language facilitates the interchange of ideas by its very nature, insofar as being an arbitrary sign and in virtue of its three dimensions: the syntactical, the semantic and the pragmatic. The decoding of language on the recipient is an act of sense creation: material sense, figurative, formal and real (universal or particular, collective or distributive, etc.). The role of language, then, is to stimulate the receiver so that he can begin to create sense.

KEY WORDS: Communication. Untransferable ideas. Dimension of language. Decoding. Sense creation. Stimulus. Empty language.

1. Introducción

Posiblemente la noción más elemental de *comunicación* es aquella en que se la define como “transmisión de ideas o pensamientos”. Otros la entienden como transmisión de experiencias; con lo cual se da cabida también en el concepto a la comunicación que practican los animales. Este tema, a mi juicio, es de suma importancia para la vida entera de la persona. Por eso he dedicado a él muchas páginas, sobre todo en mi libro «Psicología y Lenguaje». La posibilidad de entenderlo correctamente ya es un paso decisivo para establecer con bastante nitidez los niveles de la dignidad humana y la línea divisoria que sitúa al hombre por encima de los seres irracionales.

El lenguaje es el vehículo que nos sirve para transmitir esas ideas a los demás; fundamentalmente el lenguaje articulado, en el sentido más amplio, incluyendo en él todos los recursos materiales que conducen a ese fin: los gestos, las posiciones del cuerpo, los ademanes, la configuración del rostro, las señales de humo, los indicadores de tráfico, etc.

Para hacerlo más potente y posibilitar un alcance mayor de nuestras ideas, tenemos los medios de comunicación: la prensa, la radio, la televisión, el cine, la informática, los libros y revistas. La difusión material de nuestros pensamientos ya no tiene fronteras. Podemos hacerlos llegar de forma instantánea a otros seres posibles de otros planetas. Y, no tardando mucho, su alcance llegará hasta los confines del universo.

La participación de unas mismas ideas y sentimientos es lo que hace posible la *convivencia humana*. El hombre se distingue de los animales en que es un ser abierto a los demás. Esto implica que puede participar de la vida de los otros y hacer a los demás partícipes de la suya. Es decir, al menos en apariencia, los hombres podemos vivir una *vida común*. La vida de la madre forma parte de la vida del hijo; y el hijo, a su vez, vive en cierta medida la vida de la madre. Hablamos de la vida psíquica, naturalmente; no de la vida fisiológica o biológica. Y, gracias a esta comunicación, ambos, la madre y el hijo, experimentan los mismos sentimientos. El vendedor difunde sus ideas por todos los medios que tiene a su alcance. Estas ideas son aceptadas y asimiladas por sus clientes, los cuales, en virtud de ellas, experimentan el deseo o la tendencia vehemente que se pretende inculcarles, la cual les estimula y arrastra a comprar el producto. El maestro expone sus ideas, que son asimiladas por sus alumnos. Y, gracias a eso, hay un entendimiento mutuo que hace posible la difusión y el progreso de la cultura. El político expone su programa de gobierno que es aceptado con entusiasmo por sus seguidores, los cuales se suman al proyecto general y lo apoyan con su voto. El lenguaje pone en común los ele-

mentos de la vida psíquica y arrastra a la acción común. La comunicación y el lenguaje, pues, se encuentran en la base de esa vida comunitaria que es la vida familiar, la vida comercial, la vida académica, la vida política, la vida religiosa, etc.

2. Los problemas de la comunicación

Todo lo que acabo de expresar es sumamente coherente. En apariencia lo entiende cualquiera, porque es sumamente simple. Sin embargo, quizá por ser absolutamente simple, precisamente por eso, es radicalmente falso. La comunicación, concebida de esta manera, no existe. Entre otras razones, porque es imposible que exista. La comunicación entendida como transmisión de ideas y sentimientos es radicalmente utópica e irrealizable.

A este respecto el hombre es un *animal solitario*. No podemos comunicar nuestras ideas a los demás porque cada idea es una cualidad propia, personal e intransferible. Cada uno tiene las suyas. Las utiliza para formar pensamientos simples o pensamientos complejos. Estas ideas, a su vez, suscitan unos sentimientos y unas tendencias determinadas. Pero todo esto acontece en la conciencia particular o personal de cada individuo. Ideas, pensamientos, sentimientos y deseos, constituyen la vida psíquica de cada uno. Ahora bien, esta vida es una vida privada en el sentido más estricto de la palabra. Formamos nuestras ideas, las desplegamos y sintetizamos por procedimientos científicos o menos científicos. Pero *no podemos dárselas o cedérselas a los demás*. Son rigurosamente nuestras y nos acompañarán irremisiblemente hasta la tumba.

Algunos ejemplos pueden ayudarnos en la comprensión de este tema. Si a los padres les fuera tan fácil la transmisión de sus ideas y sentimientos, les resultaría fácil también la educación de sus hijos. Es decir, los hijos tendrían sus mismas ideas y abrigarían los mismos sentimientos. La armonía y convivencia familiar serían perfectas. Sin embargo los hijos, por lo general, y más en los tiempos que corren, no piensan y sienten como sus padres. Todos conocemos muchos casos en que se produce un verdadero desajuste, el cual, a su vez, es una dolorosa fuente de conflictos, por ejemplo, los conflictos generacionales. Si al profesor le fuera fácil trasladar sus ideas a la mente de sus alumnos, la enseñanza no constituiría ningún problema y las mentes de todos los alumnos serían copias exactas de la mente del profesor. Esto se reflejaría en las evaluaciones con resultados excelentes a partir de los exámenes y controles. Si al político le fuera fácil llevar su mensaje, sus ideas y sentimientos, a la mente de los ciudadanos, no habría más que un partido político, el partido del líder más carismático, pues todos le brindarían su voto para formar un gobierno monocolor.

El hecho es que no acontece nada de esto. Más bien acontece todo lo contrario. Esto nos obliga a pensar que el proceso de la comunicación psíquica a

base del lenguaje no es un proceso tan simple. Eso que llamamos ideas comunes, opiniones comunes, sentimientos comunes, proyectos comunes, etc. no son tan comunes. Las ideas que pululan en el ambiente, las modas, las aficiones comunes, los gustos comunes, los estilos comunes, etc. son comunes porque cada ciudadano vive una parte de ellos; parte que no es necesariamente la misma en cada individuo.

Cuando nos acercamos a alguien que sufre, le consolamos de una manera espontánea diciéndole: “lo siento” o “te acompaño en el sentimiento”. Es como si quisiéramos reducir la magnitud de su dolor tomando físicamente una parte de él. Pero no hay tal cosa. Yo puedo sentir que a otro le duelan las muelas o que se le haya muerto su madre. Pero este sentimiento mío no alivia en nada su dolor. Si lo creemos así, es que somos víctimas de un triste engaño. Su dolor es personal y tiene que soportarlo él. El mío es mío, exclusivamente mío y, además, es de otra naturaleza. Mientras que el suyo es físico (el de muelas), el mío es psíquico o mental.

Esto mismo acontece con las ideas. Cuando el que está a nuestro lado dice que tiene nuestras mismas ideas a propósito de un mismo objeto o que tiene o ha tenido los mismos sentimientos acerca del mismo suceso, sus ideas y sentimientos pueden corresponderse con los nuestros; pero, ni son los mismos, ni son una parte de ellos. El objeto puede ser el mismo, pero las representaciones mentales y los pensamientos y sentimientos acerca de esos objetos son distintos en cada uno de los sujetos que los conocen o valoran. Cada idea es un constructo mental y cada uno construye las suyas. Algunos comparan las ideas y los pensamientos con la huella o la marca que deja el sello en el papel. Esa marca no puede ser llevada a otro papel. Lo único que puede hacerse es poner otra marca, aunque sea con el mismo sello. Si he de enfrentarme con los problemas de la vida y con los objetos de las ciencias, tengo que hacerlo con mis ideas. Las ideas del vecino no me sirven a estos efectos. Entre otras razones porque no tengo acceso a ellas. Newton resolvió los problemas de la gravitación universal con sus ideas, y Einstein, los de la relatividad, con las suyas. Si se hubiesen empeñado en resolverlas con otras, no hubieran logrado esos resultados. Aunque alguien estime que esto es un tanto paradójico, en cuestión de ideas y sentimientos, somos unos seres solitarios. Lo más que podemos hacer, cuando intentamos comunicar nuestras ideas, es lograr que las ideas y los pensamientos de los otros se correspondan en alguna medida con las ideas y los pensamientos que nosotros tenemos.

3. La naturaleza del lenguaje

A pesar de que la naturaleza de nuestras ideas las hace *incomunicables*, lo cierto es que todos, absolutamente todos, experimentamos una fuerte tendencia a formar ideas a partir de nuestras percepciones, a formar pensamientos a

partir de nuestras ideas y a expresar nuestras ideas y nuestros pensamientos a los demás.

Como no podemos darles nuestras ideas, buscamos algo que las reemplace, algo material que pueda llegar a los órganos receptores del otro, la vista, el oído, el gusto, el tacto, etc. (sonidos, trazos sobre el papel, relieves sobre la superficie lisa, etc.). El recurso por excelencia es el sonido en forma de palabras. Pero las palabras, en tanto que sonidos, no son más que vibraciones del aire que chocan con la membrana sensible del oído. Eso es lo único que emitimos y enviamos a los demás. Ahora bien, las vibraciones del aire no son ideas, ni pensamientos, ni sentimientos, ni nada de eso que constituye el contenido de nuestra vida psíquica y que quisiéramos comunicar o transmitir a los demás. Por eso he dicho que no transmitimos ideas. En este caso lo único que transmitimos son los sonidos en forma de palabras.

Lo mismo acontece si el recurso elegido es una serie de trazos sobre el papel, las letras, las cuales producen las correspondientes ondas luminosas que hieren la retina. Los trazos sobre el papel no son más que montoncitos de tinta hábilmente colocados, y las vibraciones de la luz no son más que cuantos de energía desplegados en tramos secuenciales aptos para convertirse en impulsos nerviosos cuando son reflejados en el órgano del ojo. Pero, ni los montoncitos de tinta, ni los cuantos de energía subsiguientes son ideas. Entre ellos y las ideas no hay ni siquiera un mínimo de semejanza.

Esto mismo es lo que sucede con los puntos o relieves del lenguaje de los ciegos en relación con el sentido del tacto, y con los gestos o movimientos del sordomudo en relación con el sentido de la vista. Esos relieves y esos gestos tampoco son ideas. Y eso es lo único que es objeto de traspaso entre un ciego y otro, entre un sordomudo y otro. No existe a través del tacto o de la vista otro tipo de comunicación o intercambio. Los mensajes visuales, los mensajes auditivos y los mensajes táctiles tienen una referencia a las ideas del que los produce o emite, pero no son ideas, como hemos visto, ni tienen parecido alguno con las ideas.

Estos recursos, y otros muchos que utilizamos para satisfacer la tendencia innata de comunicar nuestras ideas, constituyen el *lenguaje*. Aunque no haya semejanza o parecido, entre estos elementos materiales y nuestras ideas hay alguna vinculación, esto está claro. Pero esa vinculación no es natural, sino arbitraria. Es el hombre el que los ha elegido libremente para expresar sus ideas y sentimientos, elevándolos a la categoría de instrumentos o signos instrumentales. Por eso cada uno de los hombres o grupos de hombres ha elegido los suyos. La palabra "polis" fue elegida libremente por los griegos para significar la idea que tenían del lugar común en que vivían muchos de ellos. Por eso tiene validez para los griegos. Los romanos para significar esta misma idea eligieron la palabra "civitas" que tiene validez para ellos, no para los griegos o los cartagineses. Los españoles hemos elegido con esa misma finalidad la palabra "ciudad" y tiene validez sólo para nosotros, no para los griegos, los ro-

manos, los franceses, los ingleses, los alemanes, los rusos, etc. En la elección de la palabra interviene, pues, nuestra libertad; por eso vale para los que “libremente” la eligen o la aceptan de una manera implícita o explícita; sólo para ellos.

Por el hecho de que la vinculación entre los elementos del lenguaje y las ideas es una vinculación personal y arbitraria, esa vinculación tiene la misma elasticidad que los gustos y las preferencias de los hombres. Por eso cada uno puede establecer esa vinculación entre una idea y una palabra (palabras unívocas) entre varias palabras y una sola idea (palabras sinónimas) o entre varias ideas y una sola palabra (lenguajes analógicos, equívocos, anfibológicos, polisémicos, etc.); por ejemplo, la palabra “batalla”. Es una y única en la lengua española, pero los españoles la han elegido libremente para expresar una “confrontación entre dos ejércitos” y también la “distancia que hay entre los dos ejes de un coche”.

Ahora bien, la misma libertad que tiene el que habla, pongo por caso, la tiene el que escucha. La vinculación de una idea con una palabra como signo de la misma se llama *codificación* (todo signo es un código). Pero el que escucha, si quiere formar en su mente unas ideas que se correspondan con las que hay en la mente del que habla, tiene que realizar una operación inversa que es la *descodificación*. La descodificación es la interpretación de los signos del lenguaje, cualquiera que éste sea. Y, como también es libre cada individuo que escucha o lee, puede hacer su interpretación libre o su elección personal del código. Es decir, tomando como punto de referencia el signo, puede producir una o varias ideas, unas ideas más ricas o más pobres, o puede no producir idea alguna, conformándose con la simple omisión de la acción de pensar.

Esto es lo que hace posible que la interpretación de un mismo mensaje o conjunto de signos sea tan diversa en la mente de cada uno de los destinatarios. Por ejemplo, ante el mensaje emitido como resultado de unas elecciones, la inmensa mayoría de los partidos políticos que no han ganado responde con otro mensaje afirmando que la contienda ha concluido con la victoria indiscutible ya esperada en favor de los suyos.

La comunicación es sólo esto. La información, que es el conjunto de ideas que un individuo posee, no tiene otro vehículo para transmitirse. En otras palabras, la vida psíquica común se encuentra mediatizada por el lenguaje. No existe la transmisión directa o indirecta. Se emite y transmite únicamente el lenguaje en virtud del cual cada uno produce sus propias ideas o pensamientos en correspondencia con las ideas y pensamientos de los demás. En algunos autores (Pavlov, Vigotsky, etc.) el lenguaje es el segundo código de señales (el primero son las ideas). Pero este código mediatiza la vida individual y la vida social. Por eso, al mismo tiempo que nos une, es un elemento que nos separa. Las almas no pueden verse cara a cara. Por esto mismo no pueden comunicarse de una manera directa.

4. El lenguaje como conjunto de signos

La explicación de todo esto que acabamos de decir deriva de la naturaleza del lenguaje en tanto que signo. En efecto, los loros y los papagayos utilizan un lenguaje en apariencia muy semejante al lenguaje de los seres humanos. El chimpancé es capaz de aprender y utilizar una parte del lenguaje de los sordomudos (experiencia de Beatrice y Allan Gardner). Las abejas utilizan la danza del vuelo para indicar a sus compañeras dónde se encuentran las flores (estudios de Von Frichs). Los delfines intercambian mensajes sonoros muy sencillos (experimentos de Lilly). Las hormigas utilizan procedimientos químicos para hacer posible su vida de relación, etc. La existencia de estos lenguajes de los animales es, por tanto, un hecho comprobado. Pero este hecho, este lenguaje, no tiene, ni con mucho, el nivel de significación que tiene el lenguaje de los hombres. Aun más, me atrevería a decir que esto no es un verdadero lenguaje. Por eso en este apartado me propongo demostrar dos cosas: a) que las diferencias entre ambos lenguajes, el de los hombres y el de los animales, son esenciales y, por consiguiente, radicales o absolutas; b) que la causa de esas diferencias está en que el hombre tiene inteligencia y hace uso de ella para construir su lenguaje, mientras que los animales no la tienen.

En efecto, pienso que las grandes diferencias entre el lenguaje de los hombres y el de los animales está en que el lenguaje humano lleva siempre una carga significativa discrecional y arbitraria que no llevan los otros lenguajes. Pienso, además, que sólo un ser inteligente es capaz de establecer la conexión discrecional entre el lenguaje y esta carga significativa. Y pienso, por fin, que, con independencia de la materialización lingüística de estos contenidos, es decir, con independencia del establecimiento de las relaciones semánticas y pragmáticas que implica todo lenguaje en relación con el medio ambiente, con independencia y con anterioridad al establecimiento de esas relaciones, insisto, el hombre posee la 'capacidad' para establecerlas. Pues, aparte de las exigencias que impone la causalidad ontológica, con anterioridad e independencia de esas relaciones, existen otras que son estructurales y más profundas, más necesarias y universales: las relaciones lógico-sintácticas que no dependen en nada de la experiencia y el medio ambiente, pues ellas mismas son independientes del contenido. En efecto:

a) Significar algo es llevar a uno al conocimiento de algo. Al ser que cumple esta función se le llama 'signo'; por ejemplo, el humo que nos lleva al conocimiento del fuego y los síntomas externos del cuerpo que llevan al médico al conocimiento de la enfermedad permitiéndole así emitir su diagnóstico.

El signo, por su parte, puede ser natural o arbitrario. El signo natural es el que tiene con la cosa significada una relación o una vinculación establecida y fijada por la naturaleza, como en el caso de los ejemplos anteriores. Por esta razón esa relación es universal, es decir, válida para todos los hombres, al

paso que éstos no pueden violentarla ni suprimirla. Esta relación, a su vez, puede ser de semejanza (la sombra es signo de la persona que la proyecta y la fotografía lo es de la persona fotografiada), de causalidad (el humo es signo del fuego), o de otro tipo. El signo arbitrario es aquel que ha sido establecido en cuanto tal por la voluntad o libre albedrío de los hombres; es decir, aquel cuya conexión con la cosa significada ha sido establecida por el ejercicio espontáneo o reflexivo de la inteligencia humana, que conoce esa relación como posible, y por el ejercicio libre de su voluntad, que decide llevarla a efecto o aceptar simplemente lo que otros hombres han entendido o decidido a este respecto. Tal es el caso de la bandera como signo de la patria, el semáforo rojo para significar la prohibición de cruzar una calle, la rama de olivo colgada sobre el dintel de la puerta en algunos pueblos para significar que allí se vende vino, etc. Y tal es el caso de la palabra “mesa” para significar este artefacto *que sostiene el ordenador con el que estoy escribiendo* y el caso de todas las palabras de todas las lenguas que existen o pueden existir. La prueba más evidente de que este tipo de signos depende del libre arbitrio de los hombres es que no es un signo absolutamente universal como el anterior, es decir, no tiene validez para todos los hombres, sino sólo para aquellos que han decidido libremente esa conexión concreta de la palabra con su carga significativa, o para aquellos que libremente lo han aceptado. La bandera francesa sólo sirve como signo para los franceses, las señales de circulación inglesas sólo valen para ellos, y la palabra “mesa” sólo sirve para los países de habla española. Los franceses, los alemanes y los ingleses, pongo por caso, emplean otro signo para expresar esta misma cosa.

Pues bien, es a estos últimos signos a los que debemos llamar “símbolos”. Y al sistema construido a base de ellos para facilitar el conocimiento, o la expresión de ese conocimiento, se le debe llamar “construcción simbólica”. Prescindo ahora de la carga emotiva o afectiva de algunos símbolos (la bandera, la estrella de David, la cruz gamada, la hoz y el martillo, el yugo y las flechas, etc.). Prescindo igualmente de esa otra interpretación del símbolo como lenguaje aséptico, artificioso, vacío y formal de la matemática y de la lógica.

Estos signos o símbolos son, pues, un instrumento o una ayuda para el conocimiento y, a través del conocimiento, son también una ayuda o instrumento de la conducta: signos instrumentales. Sin embargo también constituyen un estorbo o un lastre para el conocimiento, pues, para que el signo o el símbolo cumplan bien su misión de llevarnos al conocimiento de la cosa significada, exigen ser ellos mismos previamente conocidos, es decir, interponen su presencia física entre el sujeto cognoscente y el objeto. Antes de saber si puedo cruzar una calle tengo que haber visto (conocido) el semáforo y el color del semáforo. Antes de saber que en una casa del pueblo se vende vino, tengo que haber visto el ramo de olivo sobre la puerta. Esta mediatización es muy importante a la hora de calcular su eficacia. Pues conocemos el objeto en la medida en que el signo o el símbolo nos permiten conocerlo.

Sin embargo esto no acontece siempre así, porque al lado de estos signos o símbolos “instrumentales”, existen otros signos “formales”, que son tan perfectos, que nos llevan directamente al conocimiento de la cosa significada sin interponer su presencia, es decir, sin exigir ser ellos previamente conocidos. Estos signos son las ideas.

En efecto, son signos; solamente, signos; pues: a) no tienen otra entidad distinta de su entidad significativa; su ser real consiste únicamente en eso, en llevar a la mente al conocimiento de su objeto o contenido, mientras que cada uno de los otros signos tiene su ser real propio, al que se añade accidentalmente la función de significar; la bandera es un paño de colores (ese es su ser) al que se añade contingentemente la función de servir para representar a la patria; la bandera puede existir sin esta función; la idea ni es otra cosa distinta de esa función ni puede existir sin ella; b) la relación que hay entre la idea y su objeto o contenido no depende de la libre voluntad de los hombres; ni siquiera depende de la libre voluntad del que la produce; nadie puede producir sus ideas a capricho como se producen las imágenes de la fantasía; la idea se produce espontáneamente por la inteligencia y de acuerdo con las exigencias de semejanza y causalidad que emergen de la vinculación real y efectiva entre el sujeto y el objeto del conocimiento. Si hubiera alguna idea que no se correspondiera con estas exigencias de similitud y causalidad con el objeto actual o posible que en ella debe reflejarse, eso podría ser otra cosa, otro producto de la mente, pero no sería una idea.

b) *Las ideas significan objetos (cosas) y las palabras significan o simbolizan ideas.* Pero esto acontece también en cierta medida en el lenguaje animal. ¿Cuál es entonces la diferencia?. Parto de la base de que hay un paralelismo riguroso entre la significación que está a cargo de las ideas y la significación que está a cargo de las palabras cuyo conjunto constituye uno de los tipos de lenguaje existentes, el lenguaje hablado. Los otros lenguajes son el mímico, el escrito, etc. Puede haber distorsiones o desajustes entre la idea o representación mental y la realidad. Puede haberlos entre las palabras y las ideas. Pero, si no se interpone algún factor extraño al mecanismo del conocimiento y la expresión (lesión cerebral, voluntad de engañar, etc), las palabras expresan lo que la mente conoce acerca de la realidad (objeto). Si el contenido de la idea es pobre, el contenido de la palabra en aquel caso concreto también lo es. Si lo que el niño conoce del coche es que tiene ruedas y sirve para viajar, la palabra empleada por él en ese caso significa eso y sólo eso.

Ahora bien es un signo arbitrario (símbolo) y, en consecuencia, el sujeto puede emplearlo como le dé la gana. Si la vinculación de la palabra con el objeto depende de la voluntad libre de los hombres, éstos pueden poner detrás de cada elemento del lenguaje la carga significativa que quieran (donación de sentido). Pueden incluso cambiar o alterar las palabras, y nadie está autorizado para pedirles cuentas. Mi hijo, cuando tenía dos años, al teléfono le llama-

ba 'temelencio'. Para él era esa la palabra que tenía validez para expresar ese objeto, pues la validez de las palabras se mide por la vinculación con las ideas o representaciones mentales a cargo del que habla, no por la vinculación con las representaciones o expectativas del que escucha. Por esto mismo es un *gran error descalificar ciertos lenguajes por el simple hecho de que no responden a estas expectativas*. Hay lenguajes descalificables, desde luego, pero son tales por otras razones.

Esto no significa que todo lo que sea el lenguaje o tenga relación con el lenguaje esté sometido al libre albedrío, a los gustos o a los usos y costumbres del pueblo, "penes quem usus est et jus et norma loquendi" (Horacio). Hay, como hemos visto, ciertos aspectos del lenguaje, ciertos elementos estructurales y categoriales que están por encima del uso de la libertad a la hora de escoger una forma concreta de expresión. Es sobre la base de la existencia previa de estos elementos sobre la que el hombre ejerce sus libertades y sus gustos para elegir sus símbolos expresivos y las formas concretas de emplearlos.

5. El lenguaje como estímulo para la mente del que lo recibe

Lo más importante del lenguaje no es lo que quiere decirse mediante él, o lo que de hecho se dice. Lo importante son las ideas o imágenes que el otro produce en su mente cuando recibe el lenguaje como estímulo sensorial. La riqueza y perfección del lenguaje no se encuentra precisamente en su plasticidad material, en su riqueza cromática o acústica, sino en la *capacidad que tiene para suscitar imágenes, ideas y sentimientos* en el que escucha cuando éste se apresta a hacer la descodificación. El lenguaje de Fray Gerundio de Campazas es uno de estos lenguajes plásticos, pero apenas si surte efecto alguno en orden a la producción de imágenes o ideas en los fieles de su auditorio. Por el contrario, un discurso de Cicerón, además de tener esa misma plasticidad, es una obra maestra por la capacidad que tiene de sugerir o suscitar imágenes e ideas en la mente de los que aun hoy lo leemos en su propia lengua. En el lenguaje, pues, no están sólo las ideas, o las imágenes. El contenido semántico y la virtualidad de un lenguaje no están constituidos únicamente por estas imágenes o ideas, sino por la *capacidad* que tienen para estimular la inteligencia y la imaginación del que escucha en orden a producirlas.

En los tiempos actuales disponemos de tres tipos de lenguaje que son completamente diferentes a este respecto: el lenguaje del cine o de la televisión, el lenguaje de la radio y el lenguaje de los libros.

a) El lenguaje del cine y de la televisión tiene unos efectos muy pobres a la hora de ser descodificado por la inteligencia de los espectadores. El mundo de las ideas y los sentimientos suscitados a propósito de este lenguaje apenas si sobrepasa los límites del lenguaje originario del emisor. Los márgenes de

creatividad por parte del receptor son muy escasos. El mundo intelectual y afectivo del que contempla una película o un reportaje televisivo queda reducido a aquello que ve y oye. Es más, en la mayoría de las veces, ni siquiera es retenido y asimilado aquello que se ve y se oye, pues nunca se retienen y asimilan todos los elementos o todos los detalles.

b) El lenguaje de la radio, sobre todo el lenguaje en manos de algunos locutores, es mucho más rico que el anterior, pues deja un margen considerablemente mayor a la fantasía y a la inteligencia para crear todo un mundo de imágenes, ideas y sentimientos a propósito de lo que se oye. Los datos que se reciben a través de las ondas son todos ellos referidos a percepciones auditivas, pero el receptor, el que escucha, no se conforma con esas percepciones. El que recibe este lenguaje, al descodificarlo, necesita completar la escena; por eso suple todo lo que falta; es decir, pone de su parte todo lo que no hay en el lenguaje recibido con el fin de reconstruir una escena, un acontecimiento, un personaje, un mundo, en el cual eso que oye tenga sentido. En la mayoría de las ocasiones el mundo mental creado por el receptor en su mente supera con mucho en riqueza y profundidad al mundo contemplado y transmitido por el emisor.

c) El lenguaje de los libros, por ejemplo, el lenguaje de una buena novela, a este respecto, supera con mucho a los lenguajes anteriores. Los detalles que le llegan al órgano receptor a través del lenguaje escrito son mucho más pobres que los que le llegan a través del lenguaje hablado o el lenguaje escénico. Son, además, detalles indirectos, fríos, impersonales, pálidos, despegados. Les falta el calor de la palabra hablada o el colorido de la contemplación visual. Por esto mismo el trabajo del receptor para recomponer y completar la escena tiene que ser el que se corresponde con un esfuerzo mucho mayor. La descodificación en este caso le lleva a crear en su mente todo un mundo que en manera alguna tiene que ser el mundo creado por la imaginación del escritor y diseñado luego por su pluma. Si fuéramos capaces de superponer una misma escena tal como es narrada por el escritor y reconstruida luego por uno de sus lectores, podemos estar seguros de que la coincidencia es inexistente en absoluto. Por supuesto son muchos más los detalles que diferencian ambas escenas que los detalles que las identifican. Esto mismo acontece con las narraciones históricas. Aunque parezca mentira, acontece también con las descripciones científicas de los fenómenos naturales, con el diseño y solución de los problemas de las ciencias exactas, con las estructuras arquitectónicas de la cosmología, etc.; la descripción de un hecho científico que un investigador especializado en la materia construye en su mente cuando lo lee en una revista, no coincide más que en lo esencial con la descripción de ese mismo hecho construido en la mente del científico descubridor del mismo y redactor del artículo en la mencionada publicación. El lenguaje escrito es el que deja un margen más amplio para el ejercicio de las capacidades creativas de la sensibilidad y la inteligencia del receptor. De esto no cabe la menor duda.

6. Las dimensiones del lenguaje

Para que esta función comunicadora produzca sus efectos hay que tener en cuenta las *dimensiones del lenguaje*. En efecto, todo lenguaje tiene tres dimensiones: la dimensión sintáctica, la dimensión semántica y la dimensión pragmática. La primera de ellas, la *dimensión sintáctica*, está constituida por las relaciones que las distintas partes o elementos del lenguaje tienen entre sí con independencia del contenido o significación. La *dimensión semántica* está constituida por las relaciones que el lenguaje tiene con los objetos o cosas que significa o expresa. Y la *dimensión pragmática* está constituida por las relaciones que tiene el lenguaje con los intereses de aquel que lo emplea y con aquellos a los cuales va dirigido. Estos intereses pueden no ser coincidentes con la dimensión semántica, como veremos. Por esta razón el lenguaje también puede conducir al error y a la depauperación espiritual de las personas.

a) Evidentemente los elementos del lenguaje tienen una estructura que puede ser correcta o incorrecta con independencia de lo que significan y con independencia de las intenciones de aquellos que lo emplean. Esta estructura tiene sus normas o leyes propias, las cuales, a su vez, tienen validez igualmente con independencia del contenido semántico o significación. Por ejemplo,

$$4 + 3 = 7$$

Es evidente que esta estructura o composición de elementos es correcta y que lo es con independencia del significado o contenido semántico de los elementos que la componen, porque obedece o respeta las leyes de los números que no son, ni mucho menos, las leyes de las cosas. Es decir, tiene validez con independencia de que los números signifiquen naranjas, monedas, libros u otro tipo de objetos cualesquiera. En cambio es incorrecta esta otra:

$$4 + 3 = 9$$

En paralelo con la anterior, es incorrecta con independencia del contenido o significado de los números que la componen y con independencia de las intenciones con las que ha efectuado la suma aquel que los maneja o emplea.

Lo mismo acontece con esta otra expresión o estructura lingüística:

Todo A es B
 Todo C es B
 Luego todo C es A

Hay leyes que afectan a la estructura del lenguaje, sólo a la estructura, no al contenido. Y en este caso no se cumplen esas leyes. Por eso esta estructura

es incorrecta. Es decir, no sirve para dar cauce al pensamiento cuando éste aspira a poseer la verdad con seguridad o certeza.

El lenguaje construido exclusivamente de acuerdo con estas estructuras y leyes es lo que hoy se conoce con el nombre de *lenguaje formal o lenguaje simbólico*. Es el lenguaje de la matemática o de la lógica; aquel en el que se atiende a la materialidad de los signos o elementos, abstrayendo o despreciando toda referencia a las ideas, al contenido de las ideas y a las cosas. Es por tanto un lenguaje vacío y sin alma. Un lenguaje aséptico e imparcial. Por esta razón, si hemos de valorarlo de acuerdo con los paradigmas de los párrafos anteriores, esto no es un lenguaje. Le falta el elemento esencial, que es la significación. No obstante es un lenguaje o una estructura lingüística “correcta”. El cumplimiento de las leyes de la sintaxis lógica es lo que garantiza su corrección. Por eso este lenguaje no es en absoluto despreciable, toda vez que el lenguaje formal o lenguaje meramente sintáctico es el mejor instrumento del lenguaje semántico o del lenguaje significativo.

b) En la consideración semántica es esencial la referencia a las relaciones que tiene el lenguaje con las ideas, con los objetos representados en esas ideas y con las cosas a las cuales pertenecen esos objetos. Es el lenguaje de contenidos o significaciones.

Este lenguaje es igualmente una estructura o composición de elementos que, como la anterior, puede ser correcta o incorrecta. Es correcta si respeta las leyes de la semántica o leyes de la significación. Y es incorrecta en el caso contrario. El cumplimiento de estas leyes es lo que en fin de cuentas garantiza la “verdad” del lenguaje, es decir, la correspondencia del lenguaje con el contenido del mismo y, en último término, su correspondencia con la realidad. Por eso esta estructura lingüística es correcta (verdadera):

“Todo español es europeo”

Esta otra, en cambio, es incorrecta, es decir, errónea:

“Todo español es francés”

La diferencia está en que la primera respeta las exigencias o leyes de la naturaleza, pues es la naturaleza la que impone la condición de europeos a todos los nacidos en España. Cuando el lenguaje respeta estas exigencias o leyes, es decir, cuando se ajusta a la realidad, la estructura es correcta desde el punto de vista semántico y es verdadera desde el punto de vista gnoseológico. La segunda de estas estructuras ni es correcta desde el punto de vista semántico ni es verdadera desde el punto de vista gnoseológico, pues no respeta las exigencias de la naturaleza, la cual excluye positivamente la condición de

francés de todos aquellos sujetos nacidos en España. Es decir, esta estructura no se ajusta a la realidad.

Como puede comprenderse, el lenguaje semántico es un verdadero lenguaje, pues cumple todos los requisitos y reúne todos los elementos esenciales que determinan un verdadero lenguaje.

c) Por último, el lenguaje tiene también relación con aquel que lo emplea o con aquel que lo escucha; con el sujeto emisor y con el destinatario. No todos los lenguajes sirven para todos los sujetos, ni todos los sujetos depositan la misma carga semántica en su propio lenguaje. Por eso, si el campo de la semántica es el campo de la "significación", el campo de la pragmática en el caso del lenguaje, es el campo de la "interpretación". No basta con oír las palabras. Es preciso saber qué es lo que quieren decirnos con ellas. Pues acontece que eso que quieren decirnos, a veces, no es exactamente aquello que nosotros esperamos que digan. No puede olvidarse que la conexión de las palabras con su significado no es una conexión fija e invariable, sino libre y abierta, por su condición de signos arbitrarios. En esta relación pragmática de los lenguajes con las personas los usos de las palabras tienen prioridad sobre los significados.

7. El lenguaje humano y otros lenguajes

He creído necesario hacer estas precisiones sobre el lenguaje en estos tres apartados porque, sólo teniendo ideas claras sobre estas tres dimensiones, podemos entender la naturaleza y alcances del lenguaje de las máquinas e, incluso, el lenguaje de los animales.

a) De una manera objetiva y sin ánimo de menospreciar los procedimientos de comunicación posibles, es preciso advertir que esas tres dimensiones de las cuales acabo de hablar no son independientes o autónomas si comenzamos la enumeración por la dimensión pragmática. Evidentemente, para que yo pueda utilizar un lenguaje con ánimo de comunicarme con los demás (dimensión pragmática), ese lenguaje tiene que tener un contenido o significado (dimensión semántica); sin esto no es posible la comunicación. Y, a su vez, para que un lenguaje tenga un significado correcto y coherente, debe ser expresado por medio de estructuras correctas (dimensión sintáctica). De lo contrario, ni conduce a la verdad, ni la expresa. Por consiguiente la dimensión pragmática supone la dimensión semántica, y ésta, a su vez, supone la dimensión sintáctica.

Pero no acontece al revés, ya que, como hemos visto antes, pueden construirse lenguajes exclusivamente a base de estructuras sintácticas, por ejemplo, el lenguaje de la matemática, el de la lógica, etc. En general, es un len-

guaje sintáctico cualquier estructura que pueda ser establecida como tal con sólo determinar a capricho los elementos o símbolos, las estructuras de esos símbolos, y las reglas de formación y transformación de las mismas.

b) En el lenguaje humano son imprescindibles las tres dimensiones de las que vengo hablando en este apartado. Lo exige su condición de 'ser racional' y su deseo de comunicarse con los demás sin salirse de las coordenadas de esa racionalidad. Cuando comunicamos algo, en cierta manera nos comunicamos a nosotros mismos y, además, pretendemos hacerlo de una manera correcta o por medio de unas estructuras válidas para nosotros, para el destinatario de nuestro discurso y para todos los seres humanos.

c) En el lenguaje animal no se da ninguna de estas dimensiones. Si todas ellas suponen la dimensión sintáctica y ésta no se da en el lenguaje de los animales, tampoco se dan las demás. El animal trabaja exclusivamente con intuiciones sensibles, es decir, con datos referidos a cosas materiales. El lenguaje sintáctico es la supresión absoluta de toda referencia a estas cosas materiales. No hay, por tanto, posibilidad alguna para el lenguaje sintáctico en los animales. Como, por otra parte, el lenguaje sintáctico es la estructura fundamental de todos los demás lenguajes, entonces eso que hacen los animales, es cualquier cosa, pero no un lenguaje. A la carencia de verdadera significación de la que he hablado anteriormente, se une ahora la carencia de estructura lógica o sintáctica que es el armazón que garantiza el sentido a los enunciados y a los razonamientos.

d) En el lenguaje de las máquinas se da únicamente la dimensión sintáctica. Las máquinas manejan elementos del lenguaje y construyen lenguajes. El Basic, el Cobol, el Pascal, etc, son buenos ejemplos de ello. Componen estructuras correctas. Transforman esas estructuras en otras estructuras también correctas. Y todo ello lo hacen ateniéndose al régimen peculiar y exclusivo de los símbolos o elementos con independencia del régimen, la naturaleza y las leyes de los contenidos semánticos. Entre otras razones, porque la máquina no es capaz de tener ideas ni de poseer conocimiento alguno. La máquina construye esas estructuras sin saber que las construye y sin saber para qué contenidos sirven. Su labor es una tarea estrictamente mecánica de combinar los datos que ni siquiera ella ha determinado y respetando unas reglas del juego que tampoco ella ha establecido. ¿Podemos decir entonces que las máquinas, las computadoras, tienen inteligencia?

e) Las máquinas por sí mismas, es decir, por razón de su naturaleza son una porción de materia. Por consiguiente, por sí mismas funcionan de acuerdo con las estructuras y las leyes de la materia; en modo alguno, de acuerdo con las estructuras y leyes de la lógica que son las leyes de la razón o de la inteligencia. Sin embargo no cabe duda de que producen estructuras lógicas porque manejan las leyes de la lógica que son las leyes del lenguaje sintáctico. ¿Cómo es eso posible?

Cuando un ser cualquiera realiza una acción que no se corresponde con su naturaleza, es porque a esa naturaleza suya se ha añadido otra naturaleza en

virtud de la cual se supera a sí mismo y realiza actos que exceden sus propias posibilidades. Por ejemplo, un libro. Por sí mismo es una porción de papel y unos gramos de tinta. Sin embargo es capaz de producir verdaderas ideas y sentimientos en aquel que lo lee. Efecto éste que excede con mucho las posibilidades de la tinta y el papel.

Eso es precisamente lo que les acontece a las máquinas computadoras. Hay algo en ellas que les es transferido por la inteligencia del hombre y que les permite realizar acciones propias de la inteligencia humana. Ese algo son las estructuras sintácticas del lenguaje. Evidentemente esas estructuras son propias y poseídas de una manera natural por la inteligencia, y de una manera artificial, prestada, transitoria y postiza, por la máquina. Tanto es así, que ella ni siquiera sabe que las posee, como el libro tampoco sabe que posee las ideas y sentimientos que es capaz de infundir o despertar en aquel que lo lee. No obstante, en virtud de esta posesión transitoria y antinatural, las máquinas son seres inteligentes. Sólo en este sentido yo las he llamado de esta manera.

f) Por tanto las máquinas por sí mismas, por razón de su naturaleza, tampoco tienen lenguaje alguno. Ni siquiera tienen o son capaces de construir un lenguaje sintáctico. Su lenguaje es el lenguaje de la inteligencia del hombre. Únicamente son tomadas por el hombre como instrumentos para potenciar su acción y para desarrollar, acelerar y perfeccionar su lenguaje sintáctico.

Estas tres dimensiones son secuenciales como hemos visto, y en el lenguaje normal son necesarias las tres. La exclusión de una de ellas impide que se cumplan sus funciones. Con lo cual, lejos de llevar a una correspondencia cercana entre la vida mental de los individuos, lo que hace es distanciarlos cada vez más, hasta el punto de hacer imposible la dignidad de las personas, la convivencia y el ejercicio de los derechos y deberes fundamentales.

8. El lenguaje pragmático como instrumento de poder

Esto acontece sobre todo cuando lo que se tiene en cuenta es únicamente la dimensión pragmática. La subestimación o el desprecio por la dimensión semántica o referencia a las ideas sinceras y a las cosas, así como el desprecio por la dimensión sintáctica o referencia a la corrección lógica o coherencia del lenguaje, hace que éste deje de ser un instrumento de la comunicación para convertirse en un instrumento de poder.

Cuando el lenguaje es utilizado teniendo en cuenta exclusivamente su dimensión pragmática, no comunica ideas, sino intenciones. Y esto lo hace de una manera solapada las más de las veces. Esta es la tentación más frecuente del político. La tentación se hace extensiva igualmente a los grupos de presión. En efecto, al político no le interesa que los ciudadanos tengan ideas correctas, coherentes o verdaderas acerca de la realidad material y social (desprecio por la dimensión semántica). Tampoco le interesa la coherencia del

lenguaje que podría llevarles a inferir consecuencias reveladoras de la naturaleza de esa misma realidad. Lo que le interesa es el poder. Por eso su lenguaje no es objetivo, sino pragmático. Este pragmatismo se advierte también en todos aquellos que imponen un lenguaje determinado con exclusión de los demás, impidiéndoles el ejercicio de su libertad para utilizar el lenguaje que quieran. El lenguaje es uno de los instrumentos de poder más contundentes. La dictadura a través del lenguaje es una de las dictaduras más solapadas, pero no por eso es menos humillante y destructora de la dignidad y los valores humanos. El lenguaje del comunismo ruso de hace unos años era un lenguaje exclusivamente pragmático. Su mensaje fue siempre un mensaje de orden, prosperidad, humanismo, justicia, poder, etc. La historia se ha encargado de demostrar que por debajo, como realidad implacable, no había nada de eso, sino miseria, corrupción y desorden. La dimensión semántica, que es la dimensión genuina del lenguaje era sistemáticamente despreciada y conculcada. Pero convenía mantener al pueblo ruso en ese estado de miseria, y al mundo en general, en ese estado de ignorancia o engaño, porque así lo exigía el mantenimiento del poder y el prestigio internacionales. Lo que era bueno para el estado, al menos en apariencia, era funesto para los ciudadanos y para la sociedad. Y en nuestro pequeño mundo, los catalanes y vascos corren el mismo riesgo de depauperación mental y afectiva. Corren el mismo riesgo por razones que son muy semejantes. El argumento que trata de convertir al lenguaje en instrumento para preservar la 'propia identidad' carece de fundamento. La realidad es otra muy distinta. Como en el caso anterior, a falta de los tanques y los cañones, el lenguaje catalán y vasco están siendo utilizados de manera solapada como instrumento de poder.

Lo que le interesa al político es el triunfo aunque sea a costa de la ignorancia y la miseria de los ciudadanos. Aquella frase de Lenin según la cual "la mentira es una poderosa arma política", o aquella otra de Tierno Galván según la cual "las promesas electorales están hechas para no ser cumplidas", revelan desgraciadamente esta actitud. El lenguaje es utilizado, no como instrumento válido para la transmisión de las ideas verdaderas, sino como medio para ocultarlas. Pues se tiene la convicción de que la mentira y el error son las mejores armas para desposeer a los ciudadanos de sus propios criterios personales. De esta manera las decisiones del pueblo se dejan en manos del líder y el triunfo de éste queda asegurado. El lenguaje exclusivamente pragmático es el mejor instrumento para convertir al pueblo en masa. Y las masas son amorfas. Carecen de iniciativa y poder de decisión incluso en el orden personal.

Cualquiera que haya tenido contacto con la cultura clásica se dará cuenta de que esta práctica es ya muy antigua y que ha sido la norma de una importante escuela, tanto en el campo de la filosofía, como en el campo de la moral y en el campo de la política. La máxima expresión en este orden de cosas es la escuela de los sofistas griegos. Para ellos interesaba el triunfo, no la verdad. Cuando esto acontece, la inteligencia de los hombres se encuentra abocada al

relativismo, al subjetivismo, al nihilismo, al escepticismo, al solipsismo, y a todos los “ismos” que debilitan la inteligencia del hombre destinado a ser dominado con los mismos procedimientos que los animales.

Cuando se rompe el hilo que vincula el lenguaje con la realidad a través de las ideas, el lenguaje pierde su sentido en tanto que lenguaje para convertirse en instrumento de poder, como he indicado antes. La verdad es suplantada por los intereses del que lo emplea. En esto nos aventaja el lenguaje de los animales. Al carecer de libertad, se encuentran incapacitados para desvincular el lenguaje de su fin natural que es el contenido semántico de los movimientos y los gestos por la vía del instinto.

9. Lenguaje y descodificación

La descodificación es el proceso fundamental sobre el que actúan los mecanismos esenciales del lenguaje. De nada nos sirve que nos hablen o escriban, aunque lo hagan con palabras muy bellas, si no logramos entender absolutamente nada de lo que pretenden decirnos. Puesto que lo único que nos llega de los demás es el lenguaje y el lenguaje no son las ideas, se impone la necesidad de interpretarlo en cada caso, es decir, en cada uno de los procesos de comunicación.

Conviene insistir más en esto. El lenguaje no son las ideas; las palabras no son el mensaje, los libros no son la ciencia. Lo que pasa de unos a otros, es decir, lo que se transfiere, lo que va del que habla (emisor) al que escucha (receptor), ya lo hemos dicho, *no son las ideas (información), sino el soporte material de las mismas libremente elegido o creado por el emisor: vibraciones del aire, ondas luminosas, impulsos eléctricos, etc.* Si reflexionamos sobre ello detenidamente poniendo en ejercicio un mínimo de nuestra capacidad de análisis, nos daremos cuenta de que las vibraciones del aire no son imágenes, ni ideas; nos daremos cuenta de que la tinta dejada sobre el papel en forma de letras u otros rasgos tampoco son ideas, imágenes o sentimientos; nos daremos cuenta de que el gesto hecho a base de movimientos o posturas del rostro y del cuerpo en general tampoco puede identificarse con la idea o el sentimiento con el que pretenden corresponderse.

Situémonos en otro escenario. Cuando enviamos un fax a otra persona que se encuentra distante, lo que se traslada a través del cable no son las letras que nosotros hemos escrito; ni siquiera es el papel que nosotros metemos en el aparato. Lo único que va de un punto a otro es una serie de impulsos eléctricos, todos ellos de la misma naturaleza, es decir, homogéneos; los cuales, recibidos en el aparato del que dispone el destinatario, imprimen un papel que tiene una parecido con el nuestro; pero, ni el papel, ni las letras, son las que nosotros depositamos en el aparato emisor.

Para escribir estos párrafos que van saliendo de mi mente estoy utilizando

un ordenador portátil. Pues bien, no se me ha pasado por la imaginación que la letra “a” que yo determino sobre el teclado corra a través de los circuitos del ordenador y, siendo la misma, llegue a la pantalla monocroma. Tampoco se me ha pasado por la imaginación que esta misma letra pulsada por mí, la misma, insisto, pase por estos circuitos y cables para aparecer en la impresora. Lo que va de un lugar a otro no son las letras o las palabras, sino los impulsos eléctricos que se corresponden con ellas.

El mensaje emerge en el aparato receptor porque previamente pone en marcha el proceso de interpretación de esos impulsos, tanto en el caso del fax, como en el caso del monitor del ordenador y la impresora a él conectada. La pantalla y la impresora, a su manera, hacen una interpretación de los impulsos eléctricos que les llegan. Más que interpretación, debemos llamarle “transformación”. De esa transformación salen las letras y las palabras que se corresponden con las letras y las palabras que nosotros hemos determinado o pulsado en el teclado. Sin esta interpretación mecánica o automática nuestro trabajo habría sido completamente inútil. La interpretación es, pues, el factor esencial del lenguaje.

Por ser el factor esencial del lenguaje merece la pena hacer un análisis detenido de ella; a) la interpretación corre a cargo del receptor del lenguaje de una manera exclusiva; b) la interpretación consiste en la donación de sentido al lenguaje que se recibe; c) cuando no es posible la interpretación, por muy brillante que haya sido el discurso, el lenguaje es inexistente. Estos tres puntos son los que van a ocupar nuestra atención en los apartados siguientes.

La interpretación puede ser entendida en sentidos muy diversos. Tomada en el sentido más amplio, la interpretación es necesaria en todos los procesos cognitivos, afectivos y conductuales. Se trata de una operación previa que transforma los datos inmediatos de la sensación en percepciones, imágenes, recuerdos, ideas, etc. Sin embargo la interpretación es atribuida de una manera especial a los procesos cognitivos de la inteligencia.

En efecto, la inteligencia para conocer su objeto tiene que formar una idea de él. No conoce las cosas materiales o singulares directamente en sí mismas, si no en su idea, es decir, en la idea que tiene de cada una de ellas. Ahora bien, a las cosas materiales o singulares sólo llega por un camino que es el proceso sensorial a cargo de alguno de los sentidos (sensación). Si ese proceso de acercamiento a las cosas para formar una idea de ellas se lleva a efecto utilizando los datos que le suministran los sentidos, es decir, las cualidades sensibles, por ejemplo, los colores, la interpretación recibe el nombre de *abstracción*, la cual se realiza tomando como base las acciones de los sentidos, la acción de la percepción, la acción de la imaginación, la acción de la memoria, etc. Por el contrario, si ese proceso de acercamiento a las cosas se lleva a efecto utilizando como base las palabras y otros signos elaborados, suministrados particularmente por el sentido de la vista o del oído, la interpretación recibe el nombre de *descodificación*.

Hay, pues, un paralelismo entre la abstracción y la descodificación en tanto que procesos cognitivos. La gran diferencia entre ellos está en que la idea que puede formar la inteligencia a partir de la descodificación llega mucho más elaborada que la idea que puede formar a partir de la abstracción. En el caso de la descodificación esa idea le llega ya casi hecha. Otra diferencia notable deriva del signo opuesto que determina a ambas acciones de la inteligencia. Mientras que la abstracción es un acto de 'obtención' del sentido o contenido semántico (abs-trahere), la descodificación es un acto de 'donación' de sentido, como veremos más adelante.

9. El lenguaje desde el punto de vista del receptor

El lenguaje es cosa de dos personas; al menos de dos, el emisor y el destinatario. Pero ambos son activos. Por más que al destinatario del lenguaje se le llame receptor, no es pasivo en el proceso, sino activo; es decir, interviene en el lenguaje de una manera activa, haciéndolo, produciéndolo. No se trata, pues, de una recepción inerte, sino dinámica. Los ejemplos antes propuestos del fax y la pantalla o la impresora del ordenador no pueden equipararse al receptor de un lenguaje. El fax receptor se comporta de una manera pasiva. A la acción de los impulsos eléctricos que le llegan responde con una reacción, pero es una reacción pasiva. Esos impulsos son convertidos en letras y palabras sin que el aparato ponga nada de su parte. El fax no decide nada, no impone nada, no añade nada, no introduce alteración o modificación alguna. El papel que él escribe tiene los mismos rasgos que el papel del emisor. Se limita a recibir y a dejar constancia de lo que recibe. Son las leyes de la física o las leyes de la mecánica. Otro tanto le acontece al monitor o a la impresora del ordenador: dejan constancia de la llegada de esos impulsos, pero no ponen nada de su parte. En realidad no interpretan nada. Lo constatan tal como lo reciben. Y si en algún momento a la conversión de los impulsos eléctricos en letras y palabras se le llama interpretación, hemos de convenir en que se trata de una interpretación estrictamente mecánica, invariable, inconsciente y no intencional. Por supuesto, esa interpretación carece de la elasticidad y la originalidad que tiene la interpretación que hace la mente humana cuando recibe un lenguaje cualquiera o un fragmento de lenguaje.

En virtud de esta *elasticidad* y *originalidad* acontece eso que estamos observando o experimentando todos los días. Cuando un profesor explica una lección ante sus alumnos: a) cada uno de ellos la entiende a su manera (elasticidad), es decir, cada uno de ellos forja sus ideas propias a propósito de lo que está diciendo el profesor; esto no acontece en los casos anteriores: si a un fax emisor se le conectan veinte fax receptores, todos ellos reciben los mismos impulsos y, consiguientemente, todos ellos convierten esos impulsos en los mismos rasgos físicos (letras y palabras), exactamente los mismos; si a un ordenador le conectamos

varias pantallas o varias impresoras, el texto resultante es también físicamente el mismo; no cabe la posibilidad de que alguno de ellos introduzca alteración alguna en los rasgos o en los elementos lingüísticos; b) cuando un profesor explica una lección ante sus alumnos, por ejemplo, el tema de la gravitación universal, cada uno de ellos gesta en su mente un constructo mental unitario, un diseño de imágenes y figuraciones diferente, una coordinación peculiar de recuerdos y evocaciones, un esquema personal de opiniones y conceptos, un sistema propio de conocimientos y juicios consecuentes, una combinación íntima de afectos y tendencias, una síntesis de propósitos y decisiones, etc. (originalidad). Pero esto lo hace él, el alumno, a propósito del lenguaje que recibe; lo produce o construye él, personalmente él, no el profesor. Por tanto el constructo, el diseño, el esquema, la coordinación, el sistema, la combinación y la síntesis, todos ellos de naturaleza mental, son suyos, no del profesor. El receptor del lenguaje, pues, es un sujeto activo en el proceso, y, además, es productor y creador.

10. El lenguaje y la donación de sentido

La donación de sentido o donación de contenido coincide con eso que venimos llamando interpretación. Tiene mucho que ver con el ejercicio de las capacidades creadoras del receptor de las que también hemos hablado en los párrafos anteriores. Si el lenguaje que recibimos es un conjunto de signos y sólo eso, habrá que iniciar un proceso cuya meta sea la determinación del significado. Insisto una vez más en que ese significado no viene con el lenguaje, sino que lo produce o se lo da el receptor del mismo. Está claro que cada uno interpreta los signos del lenguaje a su manera. Depende de sus ideas previas, de sus prejuicios, de sus intereses, de sus actitudes, de sus sentimientos, del ambiente en que vive, de la raza y la clase social a la que pertenece, de la opinión pública que presiona sobre él, etc. La descodificación, la interpretación y la donación de sentido vienen a ser la misma cosa.

Si la persona receptora del lenguaje es la que da sentido o contenido al lenguaje es porque ese sentido o contenido del que hace donación ya existía en su mente, pues nadie da lo que no tiene. Esto nos lleva a la conclusión de que el receptor, para dar sentido al lenguaje que recibe, tiene que seleccionar ese sentido o ese contenido de entre todos los contenidos o sentidos que forman parte de su acervo mental, del patrimonio conceptual que llena los ámbitos de su propia conciencia.

Estos contenidos son muchos. Por tanto, al que se dispone a interpretar un lenguaje se le ofrecen muchas posibilidades. Lo cual incide en el tema de la elasticidad de la que ya he hablado en el apartado anterior. En efecto:

a) El receptor de un lenguaje dispone de un *sentido o contenido material* para las palabras que recibe. Ese sentido está referido todo él a la materia del

sonido o la grafía del signo. Así, cuando la palabra que le llega a través de las ondas es “perro”, el sentido material está referido a las cinco letras que componen la palabra, al número de sílabas que la conforman, a la naturaleza de las mismas, al acento o entonación según la cual se pronuncia. De esta manera a la palabra “perro” puede atribuirle el sentido de “vocablo de cinco letras”. No cabe duda alguna de que el receptor puede atribuirle este sentido, por ejemplo, construyendo este enunciado: “perro tiene cinco letras”.

b) El receptor de un lenguaje dispone también de un *sentido figurado* para esa misma palabra. En consecuencia, puede atribuírselo de la misma manera, por ejemplo, “el perro de tu padre estuvo a punto de matarme”. Es evidente que la atribución o carga semántica de la palabra “perro” como “persona agresiva” no se debe a la naturaleza de perro o a la naturaleza de padre, sino al parecido que hay entre ambos en este caso concreto. Pues bien, el receptor se encuentra en posesión de este sentido metafórico y, en consecuencia, se encuentra con derecho a atribuírselo cuando la oye o la lee.

c) El receptor de un lenguaje dispone igualmente de un *sentido formal* para la palabra “perro”. Este sentido está referido al perro como idea o concepto, por ejemplo, “el perro es una especie de animal”. A la palabra “perro” se le atribuye un contenido o un significado, entendiéndola como idea, pues sólo las ideas son géneros o especies. Por supuesto, las cosas y las palabras materiales no lo son. El que escucha o lee la palabra “perro” dispone de este sentido en su mente y, en consecuencia, se lo atribuye; es decir, la interpreta en este sentido.

d) El receptor del lenguaje dispone de la misma manera de un *sentido real* para las palabras que oye o para las palabras que lee. Este sentido es la cosa que puede ser designada con esa palabra, por ejemplo, el sentido de “animal de compañía” para la palabra “perro”. Evidentemente este sentido ya existía en la mente del receptor antes de que le llegara la palabra “perro”. Por esto mismo se encuentra en su derecho cuando le da esta interpretación, es decir, cuando le da este sentido. La ausencia de este requisito hace que el lenguaje resulte ininteligible o inexistente.

e) Aun dentro de este campo del sentido real que podemos dar a las palabra que recibimos, hay un sentido “universal” y un sentido “particular”. 1) El sentido real *universal* tiene lugar cuando ese contenido que le atribuimos es válido para “todos” los individuos a los que puede referirse esa palabra. Así podemos decir “todos los perros son animales mamíferos”. Si el contenido semántico es válido para todos los individuos tomados por separado, tenemos el sentido universal *distributivo*, por ejemplo, “todos los perros (cada uno) tienen cuatro patas”. Si el contenido semántico es válido para todos los individuos designados con la palabra perro, pero tomados en conjunto o todos de una vez, entonces el sentido es universal *colectivo*, por ejemplo, “los perros forman una jauría”. Está claro que cada uno de ellos por separado no la forma. 2) El sentido real es *particular* cuando el contenido que atribuimos a la palabra

está referido o tiene validez sólo para algunos de los individuos designados por ella, por ejemplo, “los perros son buenos cazadores”. Es evidente que eso de ser “buenos cazadores” como sentido de la palabra “perro” sólo les conviene a algunos perros reales, pero no a todos. Si ese colectivo particular de perros al que le damos un sentido particular es determinable por algún procedimiento o técnica del tipo que sea, ese sentido es *determinado o disyuntivo*, por ejemplo, “los perros son fieles amigos del hombre”; si por el contrario, ese colectivo de perros no es determinable, porque no haya medios o porque no nos interesa determinarlo, entonces el sentido es *indeterminado o disyuncto*, por ejemplo, “algunos perros son necesarios para cazar”; ni se dice cuáles, ni es posible determinarlos; es más, no interesa determinarlos; lo que interesa es que a la hora de buscar y perseguir las piezas haya algunos de ellos que estén dispuestos a olfatear y correr.

Por supuesto existen otras muchas posibilidades de donación de sentido por parte del que recibe el lenguaje. A algunas de ellas ya me he referido anteriormente: a) la posibilidad de un sentido unívoco, equívoco o análogo, b) la posibilidad de sentidos polisémicos o ambibológicos, c) la posibilidad de sentidos dialógicos y fluctuantes, d) la posibilidad de sentidos disémicos o sinónimos, etc. En cualquier caso merece la pena dejar constancia de algunas de estas posibilidades dentro del sentido material que ya hemos analizado al principio dentro de este mismo apartado.

En efecto, cuando el sentido seleccionado por la mente del receptor para una palabra determinada es el sentido material, cualquier lenguaje construido con esa palabra como sujeto es un “meta-lenguaje” o “lenguaje de grado dos”, por ejemplo, “perro tiene cinco letras”. Está claro que “tener cinco letras” es un atributo del lenguaje, no de las cosa a la que se refiere el lenguaje. Si, posteriormente, ascendemos un grado más en la escala de los lenguajes y construimos otro con un atributo referido al lenguaje de grado dos, pero ateniéndonos siempre al sentido material, tendremos un “meta-meta-lenguaje” o “lenguaje de grado tres”, por ejemplo, “perro tiene cinco letras es un enunciado transitivo”. De la misma manera, y siempre por la vía de la donación de sentido, podemos ascender al “lenguaje de grado cuatro”, al “lenguaje de grado cinco” y así sucesivamente.

Esta clasificación que acabamos de hacer va a proporcionarnos una serie de evidencias para la correcta interpretación y utilización del lenguaje, pues esta donación de sentido por parte del que lo recibe no es tan libre como parece; al menos no es tan libre como lo fue la elección del lenguaje por parte del emisor para expresar sus imágenes, sus ideas, sus sentimientos, etc. Es decir, en teoría, desde el punto de vista subjetivo, puede hacer la interpretación o donación de sentido que quiera. Sin embargo, desde el punto de vista objetivo o de la comunicación, esta donación de sentido se encuentra sujeta a las leyes de la coherencia, a las leyes del contexto y a las leyes de la “suppositio”.

En efecto, la comunicación se lleva a efecto cuando el que escucha cons-

truye en su mente un bloque de información que se corresponde con el mensaje o bloque de información que el emisor pretendió encomendar a su lenguaje. Para que tenga lugar esta correspondencia tienen que darse unas condiciones determinadas:

a) En el proceso de comunicación se intercambian palabras o símbolos, pero no ideas ni cosas, aunque la comunicación tenga por objeto las ideas y las cosas, por ejemplo, cuando la conversación tiene por objeto un partido de fútbol o la estructura interior del átomo; esta sustitución de las cosas y las ideas por palabras es lo que los filósofos conocen con el nombre de “suppositio”.

b) Si el emisor, para esta sustitución, eligió una palabra determinada con un sentido material, el receptor no puede atribuir a esa palabra un sentido real, es decir, no puede saltarse las líneas generales establecidas en los párrafos anteriores, por ejemplo, no puede atribuir a “perro” que tiene un sentido material para el emisor un atributo que para él tiene sentido real. En teoría puede elegir el sentido que quiera, pero, si no respeta esta regla, su interpretación no será correcta; por ejemplo, la interpretación que se hace de este enunciado: “perro”, como palabra, “tiene cuatro patas”. Si el emisor le da a una palabra libremente elegida un sentido colectivo, el receptor tiene que atenerse a ese sentido a la hora de interpretarla; no puede darle un sentido distributivo aunque ambos sentidos sean reales; es decir, no puede dar a capricho el salto de un sentido a otro, por ejemplo, el salto de “perros” como colectivo a “perros” individuales; los primeros son una jauría, mientras que los segundos no lo son: Toby y Sul-tán, tomados individualmente, son perros, pero no son una jauría.

La descodificación, pues, tiene unas reglas determinadas y hay que respetarlas si se quiere que la comunicación, en la medida en que ella sea posible, sea efectiva y cumpla sus objetivos. Se trata de una donación de sentido por parte del receptor del lenguaje que se corresponda con la donación de sentido o “suppositio” que puso en juego previamente el emisor. Para ello el receptor tiene una poderosa ayuda que es el contexto. Normalmente las palabras o los signos no nos llegan aislados o sueltos, sino acompañados de otras palabras o de otros signos que constituyen el enunciado o la argumentación. La donación de sentido por parte del receptor tiene que atenerse al contexto, es decir, tiene que ser deducida de él. Por eso nos atrevemos a afirmar que la donación de sentido es siempre una *inferencia*. Por eso también insistimos en la afirmación hecha en apartados anteriores: sólo son capaces de utilizar un verdadero lenguaje los seres capaces de producir y formular inferencias, es decir, los seres racionales.

Ahora bien, el contexto no está constituido únicamente por las palabras que acompañan a la palabra en cuestión a la que nos vemos en la necesidad de conferirle un sentido para descodificarla o interpretarla. El contexto es todo lo que rodea al que la pronuncia y todo lo que rodea o acompaña al que la recibe. Sobre todo, el ambiente cultural y social. De una manera especial es parte del

contexto la formación o el nivel cultural del que recibe el lenguaje. Pues es evidente que la interpretación tiene que hacerla utilizando los recursos que tiene más a mano, aquellos de los que tiene mayor seguridad. Esos recursos son sus propias imágenes, sus propias ideas y sus propios sentimientos, es decir, su mundo interior. Como, por otra parte, el mundo interior de cada uno es diferente, las interpretaciones de un mismo lenguaje, aun sin salirse de las coordenadas de la suppositio y el contexto, son diferentes de la misma manera, aunque esas interpretaciones puedan coincidir en algunos de los aspectos o en algunos de los sentidos. Es la elasticidad del lenguaje a la que ya me he referido en apartados anteriores.

11. Las funciones del lenguaje

Esto nos lleva a al conclusión de que las funciones del lenguaje son dos. a) La primera de ellas es la *comunicativa* mediante la cual el receptor se entera o se hace cargo de la información que hay en la mente del emisor. Esto lo hace en virtud de esa correspondencia a la que me he referido anteriormente, utilizando para ello la inferencia que es propia de los seres razonadores. b) La segunda es la función *estimuladora* mediante la cual el receptor se lanza a la construcción de su propio mundo interior, de sus imágenes, sus ideas, sus razonamientos, sus preferencias, sus decisiones, sus sentimientos, y, posteriormente, su conducta material o externa.

Entiendo que esta última función del lenguaje es la más interesante, la más fecunda. En efecto, el receptor hace donación de sentido a las palabras o signos que recibe tomando ese sentido de los muchos que ya posee. Ahora bien, esto no supone que posea de una manera actual o efectiva todos los sentidos posibles. De ser así, el receptor sería siempre un hombre eminentemente sabio.

No poseemos en acto todos los sentido posibles para un lenguaje determinado, pero sí los poseemos de una manera potencial. Entonces el lenguaje tiene la función de servir de estímulo o revulsivo para que el receptor convierta en actual lo que ya posee de una manera potencial, para que haga explícito lo que ya tiene de una manera implícita.

Esto lo veremos mejor con un ejemplo. Supongamos que el profesor en un curso determinado se presenta el primer día de clase para hablar de la "circunferencia". Posiblemente el niño no sabe nada de la circunferencia, es decir, no posee ese sentido o ese contenido mental para poder hacer donación de él a la palabra "circunferencia" que le dirige el profesor. En principio la conexión mental entre el profesor y el alumno parece imposible. Lo cierto es que el alumno atiende y entiende. Esto sucede así porque no posee ese sentido o significado de la palabra "circunferencia" de una manera actual o explícita, pero sí lo posee de una manera implícita. En efecto, es evidente que tiene en su

mente la idea (sentido) de “línea” o tal vez la idea de “raya”. De esto no nos cabe la menor duda. Pues bien, en la idea de línea o en la idea de raya se encuentra implícita o potencial la idea o sentido de circunferencia, toda vez que, utilizando el “sentido formal” del que he hablado anteriormente, la curva es una “especie” de raya, y, a su vez, la circunferencia es una “especie” de curva. Las especies pertenecen al género. Se encuentran en él de una manera potencial. Por eso decimos: “la raya *puede* ser una circunferencia”, la raya *puede* ser un polígono”, “*puede* ser una elipse”, etc. Para esto no hace falta ser platónico, ni cartesiano; tampoco hace falta ser hegeliano.

Esta es la función primordial del lenguaje: estimular a la inteligencia para que vaya descendiendo por inferencia de los géneros a las especies y de éstas a las subespecies, y así sucesivamente, hasta llegar al conocimiento o a la representación mental de las cosas individuales. A diferencia del conocimiento de los sentidos, el de la inteligencia procede de arriba abajo. Por los sentidos conocemos las cosas en su individualidad, las conocemos directamente, porque las experimentamos, porque las vivimos. Por la inteligencia las conocemos en sus ideas, a través de las ideas, es decir, en tanto que son ejemplares concretos de una especie o de una subespecie determinada.

La donación de sentido, pues, como parte de la descodificación, va mucho más allá de la mera comunicación, más allá de la puesta en común o correspondencia de los constructos mentales (información) del que habla y del que escucha. La descodificación tiene su cumplimiento o realización, es decir, es ejecutada plenamente, cuando es fecunda, cuando a base de ella la mente construye un mundo nuevo, original y más completo que el mundo constituido por los escasos recursos o contenidos que pueden transmitirnos a base de palabras u otros signos. Por eso me permito insistir en lo que ya he afirmado anteriormente: el lenguaje, el verdadero lenguaje, es creador; estimula o ayuda a la mente para que ella desarrolle su actividad creadora.

12. El lenguaje vacío

Esto nos permite poner en juego otra consecuencia: el lenguaje que no cumple esta misión es un lenguaje vacío. En efecto hay lenguajes, que, sin ser lenguajes formales, no tienen contenido alguno, ni estimulan a la inteligencia para construir ideas nuevas a partir de las ideas ya poseídas como géneros o especies más amplias. Estos son los lenguajes de los locos o los lenguajes de los papagayos. Incluso hay lenguajes que son contruidos por el emisor con la perversa intención de no comunicar nada e impedir que la inteligencia de los destinatarios sea productiva, para que esa inteligencia se bloquee y esterilice. Como hemos visto en uno de los apartados anteriores, forman parte de este lenguaje muchos de los discursos de los políticos de nuestros días, en los cuales hay un interés nada disimulado por crear la confusión, el desorden mental,

el embrollo, la perturbación, la perplejidad, el error, la vacilación, el desconcierto y la consternación de las masas, con el objeto de eliminar de ellas cualquier punto de referencia que les permita pensar por su propia cuenta o desplegar las pocas ideas que poseen. Hay lenguajes que están destinados a producir la esclavitud mental del auditorio, la tiranía de las voluntades, el sometimiento de los gustos e intereses, la subordinación de las conductas, el envilecimiento de las conciencias. Los ciudadanos capaces de construir su mundo mental con la ayuda del lenguaje, es decir, los que están preparados para dar sentido a las palabras que oyen, los que piensan por su cuenta, son ciudadanos incómodos para cualquier gobierno. Por eso la tentación a la que muchos gobernantes sucumben es la tentación de convertir a los ciudadanos en súbditos, o lo que es igual, en borregos para quienes el instinto de libertad e independencia es sustituido por el instinto gregario. El lenguaje, pues, es una poderosa arma política. Lo es, sobre todo, cuando es utilizado con fines poco honestos.

Bibliografía

- CLARK, H. H. y CLARK, E. V. (1977): *Psychology and Language. An Introduction to Psycholinguistics*. Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York.
- DALE, PH. S. (1976): *Language development*. Holt Rinehart and Winston.
- CHOMSKY, N. (1986): *El lenguaje y el entendimiento*. Sex Barral, Barcelona.
- (1989): *El lenguaje y el problema del conocimiento*. Visor, Madrid.
- ESPEJO, A. (1982): *Lenguaje, pensamiento y realidad*. Trillas, Méjico.
- DELACROIX (1930): *Le language et la pensée*. PUF, París.
- FOUCAULT, M. (1974): *Las palabras y las cosas*. S. XXI, México.
- FURTH, H. G. y YOUNISS, J. (1965): «The influence of language and experience on discovery and use of logical symbols». *British Journal of Psychology*, 56, 381-390.
- GARAGALZA, M. (1990): *La interpretación de los símbolos*. Anthropos, Barcelona.
- GARCIA-ALBEA, J. E., IGOA, J. M. y SANCHEZ-BERNARDOS, M. L. (1987): «Nuevas perspectivas en el estudio de la comprensión y la producción del lenguaje». En M. YELA (Coord.): *Estudios sobre inteligencia y lenguaje*. Pirámide, Madrid.
- GARVIN, P. (1963): *Natural language and the computer*. Nueva York, McGraw-Hill.
- GILSON, E. (1974): *Lingüística y filosofía*. Gredos, Madrid.
- GORTAZAR, P. y TAMARIT, J. (1989): «Lenguaje y comunicación». Cap. 5 y 6 de *Intervención educativa en autismo*. Centro Nacional de Recursos para la Educación Especial, Madrid.

- GREENE, J. (1975): *Thinking and language*. Methuen, London.
- HALLIDAY, M. A. K. (1975): *Explorations in lenguaje*. Study Eduard Arnold, Londres. Trad. cast.: «Exploraciones sobre las funciones del lenguaje». Médica y Técnica, Barcelona, 1982.
- HAYAKAWA, S. I. (1992): *El lenguaje en el pensamiento y en la acción*. Uteha, México.
- HERRIOT, P.(1977): *Introducción a la Psicología del lenguaje*. Labor, Barcelona.
- HIERRO SANCHEZ PESCADOR, J. (1976): *La teoría de las ideas innatas en Chomsky*. Labor, Barcelona.
- HOCKETT, C. F. (1960): *Logical considerations in the study of animal communication*. En W. E. Lanyon y W. N. Tavolga (Eds.): *Animal sounds and communication*. Washington, D.C., Amer. Inst. Biol. Sci., 392-430.
- (1959): «Animal languages and human language». En Spunhler, J.N. (ed): *The evolution of man's coparity for culture*. Watfne State Univ. Press. Detroit.
- HOOK, S. (Ed.) (1969): *Language and philosophy: A symposium*. Nueva York, N. Y. Univ. Press.
- HUMBOLDT, W. (1991): *Escritos sobre el lenguaje*. Península, Barcelona.
- JACOBSON, R. (1970): *Fundamentos del lenguaje*. Ayuso, Madrid.
- JANET, P. (1935): *L'intelligence avant le langage*. Flammarion, París.
- JESPERSEN, O. (1922): *Language, its nature, development and origin*. Londres, Allen y Unwin.
- KATZ, J. I. (1966): *The philosophy of language*. New York.
- KATZ, J. J. (1975): *La realidad subyacente del lenguaje y su valor simbólico*. Alianza, Madrid,
- KÖHLER, W. (1928): *L'intelligence des singes supérieurs*. Alcan, París.
- LAKOFF, G. (1972): *Language in context*. Language, 48.
- LIMBER, J. (1977): *Language in Child an Chimp*. Amer. Psychol. 32, 280 ss.
- LINDEN, E. (1976): *Apes Men and Language*. Penguin Books. Lyons, 1970
- LOPEZ QUINTAS, A. (1979): *Estructura del lenguaje y manipulación del hombre*. Narcea, Madrid.
- LYONS, J. (1981): *Lenguaje, significado y contexto*. Paidos. B. Aires.
- LURIA, A. R. (1975): *Lenguaje y pensamiento*. M. Roca, Madrid.
- MARITAIN, J. (1962): *El orden de los conceptos*. Club de Lectores. B. Aires.
- LURIA, A. R. (1980): *Conocimiento y lenguaje*. P. del Río, Madrid.
- MARLER, M. J. (1967): «Animal communication signals». *Science*, 157, 769-774.

- MAYOR, J. (1977): *Psicología de la comunicación*. Departamento de Psicología General de la Universidad Complutense, Madrid.
- MAYOR, J. (1984): *Psicología del pensamiento y del lenguaje*. UNED, Madrid.
- MOUNIN, G. (1974): *Claves para la semántica*. Anagrama, Barcelona.
- NELSON, K. (1988): *El descubrimiento del sentido*. Alianza Psicología, Madrid.
- OSGOOD, CH. E. (1986): *Conducta y comunicación*. Taurus, Madrid.
- PIAGET, J. (1926): *The language and thought of the child*. Harcourt, New York. (Trad. Cast., *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Guadalupe, Buenos Aires, 1972).
- PORZIG, W. (1986): *El mundo maravilloso del lenguaje*. Gredos, Madrid.
- QIN THANA, G. (1993): *Fundamentos para la educación de la inteligencia*. ICEUCM, Madrid.
- (1994) *Psicología y Lenguaje*. ICEUCM, Madrid.
- QUINE, W. (1968): *Palabra y objeto*. Labor, Barcelona.
- RANKEN, H. B. (1963): *Language and thinking*. Science, 141, p. 48 ss.
- SANTACRUZ, J. (1987): *Psicología del lenguaje*. Procesos. UNED, Madrid.
- SAPIR, E. (1971): *El lenguaje*. FCE. Méjico.
- SINI, C. (1985): *Semiótica y filosofía*. Hachette, B. Aires.
- SKINNER, B. F. (1957): *Verbal behavior*. Englewood Cliffs, New York.: Prentice Hall. (Trad. cast. «Conducta verbal». Trillas, México, 1981).
- WATSON, J. B. (1920): *Is thinking merely the action of language mechanism?*. Part. V. Brit. J. Psychol., 11 , 87-104.